

La memoria más emotiva e íntima sobre el sida

Literatura. El escritor francés Anthony Passeron triunfa con su primera novela, en la que recuerda los inicios de la epidemia, una fatal combinación de errores, tabúes, leyendas urbanas y subtramas económicas y políticas

Por **Philipp Engel**

Traducida a una quincena de idiomas, multipremiada y presta a ser adaptada en la inevitable serie para plataformas, *Los hijos dormidos*, primera novela de Anthony Passeron (Niza, 1983), que publica en España Libros del Asteroide, es todo un fenómeno editorial. La clave del éxito reside en la sintética combinación, mediante capítulos alternos, de unas memorias familiares tremendamente emotivas (se llora), y de la crónica de la lucha de los investigadores contra la enfermedad, que se lee como un trepidante *thriller* científico. La parte familiar arranca cuando Désiré, tío del escritor, contrae el VIH (Virus de la Inmunodeficiencia Humana) a raíz de su adicción a la heroína a principios de los 80, cuando todavía no se sabía nada de la enfermedad. En paralelo descubrimos, paso a paso, quiénes fueron los científicos que lucharon contra el sida enfrentándose a los prejuicios de la época, cuando la plaga era minimizada por cebarse, supuestamente, sólo con heroinómanos y homosexuales: «Muchos médicos decían: 'Yo no trabajo para maricas y yonquis', en clara contradicción con el juramento hipocrático. Y luego había posturas en esa línea de políticos como Jean-Marie Le Pen o el Papa Juan Pablo II, que no aprobaba la utilización del preservativo...», recuerda Passeron en conversación con *Culturista*.

Aunque los orígenes de la epidemia, que ya se ha cobrado 40 millones de vidas en todo el mundo, se remontan al África subsahariana hacia 1920, las primeras señales de alarma no saltaron hasta que, el 5 de junio de 1981, Willy Rozenbaum, director de la unidad de enfermedades infecciosas del hospital Claude-Bernard de París, leyó en un boletín norteamericano sobre una rara neumopatía detectada en cinco varones, y lo comparó con un caso que conocía. Curiosamente, los seis hombres eran homosexuales. Al principio parecía tan específico que gays y drogadictos eran los primeros que no querían creérselo: «Una amiga de mi tío, que se drogaba con él, me dijo que creían que era una leyenda urbana difundida para que dejaran de pincharse. Y lo mismo con los homosexuales: 'Esto es para que volvamos al armario', se decían entre ellos. Era una época en la que por fin empezaban a vivir sin tener que esconderse, y eso ralentizó su toma de conciencia sobre el alcance del VIH».

La negación en todas sus formas es uno de los muchos temas que emergen de esta apasionante lectura: no sólo está el «castigo divino» destinado a un sector supuestamente marginal de la población, un estereotipo que sigue ahí, pese a las evidencias científicas: «Hoy en día la mayoría de los contagios se dan en mujeres heterosexuales de entre 40 y 60 años». También negaban las familias de las víctimas, que no querían asumir el diagnóstico, tanto por su carácter letal como por el estigma social, que en el caso de los Passeron, en un pequeño pueblo, era mucho más bestia. De ahí que el escritor tuviera que inyectar algo

de ficción a su híbrido de *thriller* ensayístico y crónica familiar: «Sólo porque mi familia no quería hablar del tema reconstruí la historia de Désiré echando mano de otros testimonios en situaciones muy similares». La concisión de estas poco más de 200 páginas narradas con una claridad apabullante (incluso para los que suspendían ciencias) recuerda a las ficciones

eso es rigurosamente cierto: todas las familias tienen secretos, historias silenciadas, parientes que no se sabe muy bien de qué murieron porque no se podía decir. Gracias a esta emocionante novela, todo sale.

En su día, el componente emocional también afectó a los científicos que lideraron la investigación contra viento y marea, incluso peleándose entre

“Muchos médicos decían: ‘Yo no trabajo para maricas y yonquis’, en contra del juramento hipocrático”

autobiográficas de Annie Ernaux, una influencia confesa: «Más allá de la precisión, porque, en cada novela, se centraba en un tema en particular, como el aborto o la violencia doméstica, me influyó porque era una escritora capaz de convencer al lector de que él también tiene una historia que contar...». En el caso de *Los hijos dormidos*, que Passeron ha despertado para todos nosotros,

ellos, porque nunca se habían sentido tan cerca de sus pacientes, a los que utilizaban como cobayas en los sucesivos experimentos saldados con frustrantes fracasos. En este *thriller* científico hay de todo: lucha de egos, y subtramas económicas y políticas. Tanto el gobierno de Estados Unidos como el de Francia lanzaron las campanas al vuelo cuando todavía no habían encontrado cura: «Para

los gobiernos, la prioridad era demostrar quién era el más fuerte, la cuestión médica pasó a un segundo plano. Era casi un chiste que en Francia se anunciara como la panacea un medicamento que llevaba sólo dos semanas en prueba... Y eso es algo que se ha querido olvidar. Los médicos, tanto americanos como franceses, que se jactaron de haber encontrado la cura antes de tiempo han conservado su prestigio intacto».

La Guerra Fría era un claro condicionante: «Aunque fueron médicos franceses quienes descubrieron el virus, puesto que tuvieron la idea de buscarlo en los ganglios mientras los americanos seguían buscando en la sangre, hubo un acuerdo entre Reagan y Chirac para decir que había sido un descubrimiento conjunto. Por eso los tests de detección de la enfermedad como ELISA se patentaron para que los beneficios fuesen al 50% para sus respectivos laboratorios. La economía también afectaba a los pacientes porque en Francia la seguridad social cubría los tratamientos, mientras que en Estados Unidos estaban





Daniel Meyers, enfermo de sida, ayudado por su madre en Seattle, en 1993.
BROMBERGER
HOOVER/GETTY

La Vecina Rubia: vender 50.000 libros “es de guapas”

Tendencias. Es la Hannah Montana de las redes: escribe ‘best-sellers’, vende pijamas y agendas y nadie sabe quién es

Por **Sandra Vilches**

Lo que se sabe de ella: que es rubia, delgada y vecina de alguien, que tiene 38 años, que la Policía la denunció en Twitter por haberle «robado el corazón» a Jon Kortajarena, que escribe libros y no aguantan más de cuatro horas en librerías, que tiene una línea de pijamas, zapatillas de estar en casa y accesorios súper cuquis con Women’s Secret, y que lo más importante en la vida –además de poner las tildes en una oración– es lucir pelazo.

Lo que no se conoce: su identidad, quién es, su oficio, su rostro y lo más importante... Por qué todo esto lo saben los hermanos Casas y sus seguidores no.

La Vecina Rubia es una especie de Hannah Montana de las redes sociales: por la mañana tiene un trabajo normal y, una vez terminada su jornada laboral, se convierte en la *influencer* anónima que aglutina cinco millones de seguidores en sus distintos perfiles. Es la creadora de la (ya) conocida frase «madrugar es de guapas» y de todas sus variantes: «escribir bien es de guapas», «llorar es de guapas», «aprobar es de

guapas»... y así con casi cualquier verbo. Con éstas y otras obviedades se ha ganado el cariño de millones de chicas que necesitaban una *amiga* a las tantas de la madrugada mientras recargaban la página de inicio de Twitter.

Ahora la *influencer* ha consolidado su éxito –también– como escritora con su último libro, *La chica del verano: los finales felices son para los valientes* (Libros Cúpula). Es el tercero de su saga *Verano*, que ya se ha convertido en un fenómeno editorial: 30.000 ejemplares reservados en preventa, 10.000 vendidos en tan sólo cuatro horas y más de 50.000 ventas, así como siete ediciones publicadas en apenas tres semanas desde cada lanzamiento.

La chica del verano: Los finales felices son para los valientes es la última entrega. En esta trilogía de novelas de autoficción, la protagonista es «una rubia cualquiera» que se ve obligada a encajar distintas hostias de la vida. Desde la muerte de su padre hasta la dura enfermedad de su mejor amiga. Y de nuevo, no se sabe qué parte es ficción y cuál puede ser realidad. A la autora le gusta así: «De la misma manera que hago en mis redes sociales, dejo al libre albedrío de mis seguidoras definirlo», cuenta la Vecina Rubia por correo electrónico, para mantener su anonimato.

La Vecina es consciente de que su identidad secreta es «una de las bases que han creado este fenómeno literario» y defiende su anonimato como la esencia de su personaje porque, para ella, sólo se trata de un «concepto» que refuerza el mensaje que pretende transmitir.

Por supuesto, teorías fantasiosas sobre su existencia no faltan, entre otras «falsas ideas», se ha encontrado con que detrás de la Vecina Rubia había «un equipo de hombres, una empresa de marketing o, si nos llega a pillar en estos tiempos, una IA», lamenta. Por este motivo, la *influencer* admite que ha empezado a enseñar partes de su cuerpo en redes sociales: «Era obligatorio mostrarme como la mujer que hay detrás de mi perfil. No su rostro, no

“Era obligatorio mostrarme como la mujer que hay detrás de mi perfil. No su rostro, pero sí la persona”

su vida privada, pero sí la persona y su voz».

La Vecina Rubia conecta contigo porque es la amiga que te dice lo que ya sabes y lo que quieres oír. Y también te hace otro tipo de favores como, por ejemplo, contestar tus dudas ortográficas en su cuenta llamada *Conejito ortográfico*. Ahí es donde sortea varios *rubitips* de gramática.

También es reconocida por su compromiso con el feminismo, donde considera que «ningún debate se para ni se supera, siempre se avanza hacia delante». «Como mujer, lidio con mi metro sesenta sin encontrar, muchas veces, una talla que esté a mi altura», bromea.

No es una *influencer* normal, entre otras cosas, porque escribe textos sin parar y no ha caído en ninguna polémica. ¿Su truco? «Si voy a publicar una información, la contrasto antes. Si voy a colaborar con una causa solidaria, la estudio en profundidad. Si me equivoco, pido disculpas. Parece sencillo pero no lo es. En un mundo donde la inmediatez es moneda de cambio, detenerse un segundo antes de publicar o de hablar parece complicado», subraya.

De momento no nos va a revelar su identidad y así planea que sea durante mucho tiempo, por lo que tendremos que conformarnos con saber su cumpleaños (22 de octubre) y consolarnos con sus frases motivadoras: «Podemos con todo, pero no con todo a la vez». No sabremos todos los detalles de su vida, pero siempre nos quedarán los *juegos de rubias* para matar el gusanillo.

La Vecina Rubia, la ‘influencer’ anónima que también arrasa en las librerías.
LIBROS CÚPULA



muchísimo menos protegidos en ese sentido... Hoy en día, concretamente en el África subsahariana, la gente sigue muriendo porque no tienen suficientes medios para costearse los tratamientos. La medicina y la economía nunca han sido un matrimonio bien avenido».

«Al menos se sigue trabajando para mejorar los tratamientos», termina Passeron: «Aunque la vacuna sigue siendo una quimera, porque es un virus extremadamente complejo, en 25 años hemos pasado de 30 pastillas al día a una o a una inyección cada dos meses. De un tratamiento que, en su día, era casi insostenible, sobre todo para personas que estaban ya muy deterioradas, a algo mucho más llevadero. La dimensión científica fue lo que permitió que mi novela familiar no fuese tan triste. La manera de darle un final feliz. A partir de enero de 1996, después de alcanzar el pico de la plaga –5.000 muertos en España sólo en 1995–, en el plazo de tres meses los médicos pasaron de los tratamientos paliativos a curar una enfermedad crónica».